Crítica de libros

MIS POEMAS MEJORES, *Vicente Aleixandre.* Editorial "Gredos". Madrid, 1956.

En la obra de Vicente Aleixandre el idioma alcanza una incomparable pureza poética. Pero no una pureza de cristal, sino pureza de río fluyente en impetuoso movimiento. Nada más ajeno a esta poesía que la belleza estática. Es un cuerpo vivo y apasionado. No hay un poeta moderno que haya elevado el castellano a tal punto de expresividad. Este es uno de los grandes valores de su obra: el de forjador del lenguaje. Y otro, esencialísimo, el de creador de un mundo poético propio.

Desde 1928, en que se publica *Ambito,* su primer libro, la obra de Vicente Aleixandre es un continuo enriquecimiento y una sorprendente novedad. El tema central desarrollado siempre por el poeta es la unidad total de la Naturaleza. En ella queda implicado el hombre, exaltado en su elementalidad de ser puro. La fuerza cósmica que aglutina los elementos y que los condiciona avasalladoramente es el amor. El amor los crea y los aniquila en un eterno giro. De un caos apasionado y como subterráneo va surgiendo un orbe luminoso, una visión nítida de la creación. Y, de pronto, el equilibrio logrado tan prodigiosamente, la perfección alcanzada desde los sumidos pozos de la materia caótica a la gloriosa y radiante hermosura de un cenit intemporal, se escora hacia el costado izquierdo por peso del propio corazón, y la difícil vida humana se destaca, con todo su grave destino, como protagonista directa de la obra aleixandrina.

Aquí tenemos la trayectoria de una labor, de un mundo, en sus ocho libros. Podemos seguirla ahora nuevamente, en un sintético conjunto, al publicarse el volumen de *Mis poemas mejores,* editado por la Colección Gredos, que dirige el maestro Dámaso Alonso. Es una antología con una particularidad del mayor interés: el propio Aleixandre ha realizado la selección y ha situado, en notas preliminares, la cronología y la significación de cada libro.

En el itinerario aleixandrino, recorrido ahora de nuevo con este libro en la mano, vemos, acaso más que en ninguna otra lectura del poeta, eso que él mismo nos sugiere: su obra como una constante aspiración hacia la luz. Una brevísima "microantología" que hiciéramos de esta que comentamos, nos daría muestras de esa claridad ansiada, de ese ir buscando, incluso desde las galerías del superrealismo, la luz más pura.

En el lirismo adolescente de *Ambito* todo es transparencia y claridad, todo es inefable pureza. Elegiríamos aquí aquel poema titulado "Adolescencia".

Aquella recién nacida fuente, hasta cierto punto tradicional, se revoluciona para dar paso al fuego telúrico de "Pasión de la tierra". Es un acervo de materia poética. El poeta excava en lo onírico con ansia liberadora. Hay un afán de poner a salvo lo prístino, de combatir la oscuridad de lo artificioso, de lo que enturbia la claridad pri-

maria. Así se han interpretado poemas como "El vals", de *Espadas como labios*.

La luz violenta, heridora y hermosísima del amor que genera el mundo todo y lo sostiene como una fuerza cósmica, es la que ilumina ese libro capital: *La destrucción o el amor*. Los poemas "Soy el Destino" y "Se querían", como más adelante "Tormento del amor", en *Mundo a solas,* nos servirían de claves, de faros, en este itinerario luminoso de libro en libro.

Ya en la luz meridiana de *Sombra del Paraíso* la elección se nos hace casi imposible. Acaso, por reducir a un esquema de títulos nuestra trayectoria, "Criaturas en la aurora" y "Plenitud del amor".

Luego recordemos la impresionante "Elegía a Miguel Hernández", de *Nacimiento último,* en cuyos versos la tierra, masa sidérea, huye de los hombres, ciegos restos del odio, llevando apretado contra sí el cuerpo del poeta inerte.

Una luz que se cierne por la grave aceptación de la vida dora los poemas de *Historia del corazón*. La encontramos, por ejemplo, en un poema de conmovida ternura: "Ascensión del vivir".

"Adolescencia", "La muerte o antesala de consulta", "El vals", "Soy el Destino", "Se querían", "Tormento del amor", "Criaturas en la aurora", "Plenitud del amor", "Elegía", "Ascensión del vivir"... He aquí una antología minúscula a través de los ocho libros—otras semejantes cabe hacer—que nos lleva a la continua ruta de aspiración hacia la luz de la obra aleixandrina, que hemos ido comprobando en esta relectura de sus páginas reunidas y autoseleccionadas.

En el vasto mundo poético de Aleixandre hay un caos subconsciente, una voz telúrica, una pasión cósmica de raíz amorosa, una exaltación de la pureza elemental, un grito adánico. Hay también una metafísica, una aceptación del paso del tiempo, una comprensión del dolor humano, una solidaridad. Y hay, acaso sobre todo, porque la encontramos desde sus primeras manifestaciones, un ansia de hallar luz, de arrojar luz pura sobre el destino, doloroso y amargo, de los hombres.

Muchas enseñanzas deben las generaciones de posguerra—dentro y fuera de España—a la obra de Vicente Aleixandre, pero hay una lección que quiero destacar aquí al comentar su antología—su primera tología—, y es el camino de la rehumanización de la poesía. En una época de puro esteticismo, de buscada asepsia poética, el caudal tumultuoso de la obra aleixandrina irrumpió dando contenido humano: pasión, sangre, fuego, a la poesía. *Pasión de la tierra* y *Residencia en la tierra* — Mauricio Molho las definió y diferenció muy bien (1)—: Vicente Aleixandre y Pablo Neruda puede decirse que abren un camino que tan vastas ramificaciones ha de tener en la poesía de lengua castellana.

Ahora que se ha roto el hielo en torno a la literatura castellana para la alta recompensa del Nobel, premiado ya el viejo maestro de Moguer, y ahora que ha sido baja un premio de nuestra lengua, llorado todavía en su muerte reciente, la gran poesía de habla hispana tiene un nombre bien acreedor al más alto galardón universal de las letras en nuestro Vicente Aleixandre. Su obra extraordinaria y su ejemplo de vocación y de fidelidad serían justamente distinguidos.

LEOPOLDO DE LUIS

(1) Revista *Insula,* núm. 14. Madrid.

LA SANGRE POR LAS COSAS, *José María Requena.* Colección "Ágora", núm. VIII. Madrid, 1956.

El título de este libro de poemas es ya por sí solo un certificado de autenticidad. Y más cuando sabemos que se trata de un primer libro, todavía con delicados aromas de infancia, pero ya con un recio olor a hombría: un olor a naufragio, a magnitud...

...los niños luego crecen y se quedan
en juguetes enormes como vidas.

En los treinta y un años de Requena perduran casi treinta años de ingenuidad y dolorido asombro. Esto es, de niñez, de Niñez con mayúscula. (Aquí viene bien el consabido tópico: Requena es un "niño grande".) Y esto es lo que su libro ampliamente corrobora e ilustra. Por esto he dicho al principio que el título garantiza la sinceridad de la obra, porque las cosas, las cosas precisamente, y no el mundo de la cultura con sus abstracciones y su secular artritismo, son la primera realidad con que tropieza el hombre. De aquí su primer dolor, su primer canto.

Quizá los poemas más logrados del libro son los que se refieren precisamente a cosas. A cosas concretas, del mundo sensible, que él describe, y exalta, y refiere a su mundo interior en un alarde impresionista, casi delirante, en un abigarrado y caudaloso torrente de metáforas, como buen andaluz. Ahí están los poemas titulados "Los retratos" y "Las estaciones" para justificar el título de un libro, para retratarnos el alma de su autor.

Otra característica sorprendente de estos poemas es no sólo la tenacidad con que se persigue en ellos una unidad y una originalidad estilística, cosa muy natural, por otra parte, tratándose de un primer libro, sino lo prematuramente que esto se logra, después de una lucha a torso desnudo con la peor de las retóricas, la que podríamos llamar "tópico ambiente", y que consiste, entre otras cosas, en una gran preocupación por inventar fórmulas expresivas, con incorporación al vocabulario poético de muchas frases hechas y modismos populares, o en descoyuntar la sintaxis—no siempre con buen tino y gusto—. Requena, más o menos conscientemente, se debate contra esta tendencia, que en algunas ocasiones resta musicalidad y encanto a su obra. Lo mismo ocurre, en cuanto a la temática, con la reiteración de lo social. Hay dos o tres estrofas, las de la primera parte del poema titulado "Con una muchacha en el campo", que, a mi juicio, constituyen la cima más depurada, lo más original y bello del libro:

...cómo llega a la sangre
el demonio del campo
con su saco de fiebre de pámpanos y
[espigas...
.....
¿No sientes en la boca
la encendida cabriola de un potro vio-
[leta?

Más adelante, en los poemas titulados "Noche" y "El olvido", el poeta se nos da más como en realidad es él, despreocupado y sencillo, con espontaneidad de verdadero cántico. El verso ágil y transparente, el matiz y la exclamación asombrada, la metáfora limpia y un como temblor que sacude las palabras y deja inacabado su sentido, vienen a reemplazar esa manía suya narrativa de otros momentos anteriores, ese afán de extenderse en párrafos largos y precisos.

Lo mejor que, a mi modesto entender, puede aconsejársele a Requena es que interprete y haga rea-

lidad en su obra ese magistral postulado—síntesis de toda una poética—que él mismo nos brinda en los maravillosos versos finales de su poema "Carta":

...y no sabéis que un verso es como un
[hombre
que lleva dentro un niño sorprendido
de ver lo travesura que es la vida.

Esto sí que hay que decirlo, y en voz muy alta, porque es de las cosas que andan más olvidadas en la obra de los poetas contemporáneos, principalmente entre los jóvenes. Se grita demasiado angustiada, demasiado trágicamente; algunas veces con motivo; pero otras, la mayor parte, sin él. Y es que andan muy olvidadas, repito, esas dos supremas cualidades—aristocracia del buen decir—que, por encima de los artificios de la rima y del ritmo, distinguen la poesía de la prosa, y son la Música y la Gracia.

SALUSTIANO MASÓ

ENTREACTO, *Gabriel Celaya.* Col. "Ágora", núm. XIII. Madrid, 1957.

Los dos libros últimos de Celaya han mostrado que el humor, la superación de la angustia por el júbilo, son sus más calificadas prendas personales. Júbilo: amistad sexual, en su más limpia manera, con la vida. Para llegar a ese "estoy contento", Celaya se ha enfrentado con el binomio individuo-prójimo (esto es, el problema capital), ha insistido masivamente en la muerte del yo, y al cabo, ahora, nos viene a dar una versión intimista, tierna, valiente y afirmativa de su existir.

Por otro camino que Guillén —uno en canto de etiqueta; otro en canto llano—, Celaya da un sí jovial y enamorado a la Creación, pese a todo, y se siente "hombre que juega", entre sentimental y jocoso; un hombre más entre los hombres, con auténtico sentido irónico. El juego es una manera profundamente seria de decir la verdad:

Se ha perdido un hombre
calvo, de ojos claros.
Se ignora su nombre.
Ya no tiene años.
Confunde su vida
con lo que ha inventado.

A tal "Anuncio" podemos contestar diciendo que, entre un verdadero montón de versos, le acabamos de encontrar, entero y pleno, en la salida de la angustia, un tanto asombrado de su propia y continua niñez, sin miedo a equivocarse. Lleva en la mano *Entreacto,* un libro purgativo, sano, decididamente alegre en extensión e intensidad, donde un poeta, él, confiesa:

¡Yo me quise suicidar!
Pero encontré una sirena
y un mar de nunca acabar.

Y otras cosas no menos sabrosas:

Un poema es un ciempiés.
Para entender,
hay que leer al revés.

Creo haber seguido el consejo. Y, gracias a ello, sé cuánto drama machacado hay en el divertimiento, cuánto esfuerzo en el rigor formal de esta poesía, aparentemente sobre la marcha, cuánta gracia funambulesca y arrolladora. Una verdadera excepción entre tanto falsísimo jipío.

Perdí los cinco sentidos
y aún no he descubierto el sexto.
Te volteo, poesía.
No hay que darle tiempo al tiempo.

Hubo un hombre llamado Juan Ruiz, hubo otro llamado Antonio

Machado, hay otro llamado Rafael Alberti, que considerarían hermano este libro. Para mí, el humor, eso tan difícil y tan estupendamente poético cuando lo es de verdad, se llama Gabriel Celaya.

Contesto al "Anuncio" sin exigir recompensa, por supuesto:

Poeta, si sólo animas,
punto en la i, tu gemido.

JIMÉNEZ MARTOS

EL CANDADO, *Alfonso Canales*. Colección El Arroyo de los Ángeles. Málaga, 1956.

La memoria se concentra en un lugar mediterráneo, puesta en trance de reedificar la niñez, y allí, sin perder corporeidad, con ritmo solemne y fachada cálida, explica sus episodios. Narra. Alfonso Canales ha escrito un poema narrativo, tenso y trabajado de palabra, obseso por un clima de cosas, de objetos que

se atienen a sí mismos:
se reducen a estar entre sus límites,
sus figurados límites de aire
o de tierra o de agua o de alvéolos.

Hay en él, por tanto, como valor más esencial, el de haber creado una atmósfera, un sur estial donde todo transcurre. En este punto, la poesía ha encontrado raíz de perfección. El cuido formal—A. C. es un poeta erudito, según sabemos—alimenta convenientemente lo que se nos cuenta. En "El amor" un niño descubre el secreto de la vida. En "El saqueo" hay un trozo descriptivo verdaderamente antológico, con una fuerza nerudiana sin remedio. En "Los ciegos", un toque conmovido. Y tengo para mí que "Yesera" es el punto más alto del libro.

La estructura novelesca en nuestra poesía tiene pocas muestras. Y, sin embargo, es en lo épico-lírico donde podemos contar la mayor parte de los logros últimos. Ahí está *La casa encendida,* de Rosales, también dramatización de la memoria, o ese *Oratorio del Guadarrama,* de Prado Nogueira. En todos ellos se busca un mayor ámbito a la expresión poética, apoyándose en elementos que, a primera vista, pueden no parecer utilizables (quiero decir para un criterio simplista). Canales es más tradicional, y tal vez ha dejado su libro un poco a medias, pero entre exquisitas *lianas* de belleza.

Yo ahora
he arrastrado mi pecho por un recuerdo
[antiguo,
y ya lo siento triste, pesado como él

Desemboca la melancolía en un canto final donde el ritmo, mantenido uniformemente, se cambia de repente, como resultado de una larga contención en frenético, libre, ansioso.

Muertos definitivamente,
enteros ante Ti como alabados utensilios
[aptos para la luz o el fuego.

La esperanza de resurrección, la memoria otra vez en pie, dicha por una voz católica sin retorcimientos, remata el poema pidiendo:

Sólo que digas el ensalmo,
la palabra exacta con que el candado ha
[de abrirse.

Fernández Canívell ha conseguido una edición primorosa, de lujo. Los dibujos, nada más que discretos.

JIMÉNEZ MARTOS